

## REGIONALISMO Y RESQUEMORES: PEREDA Y LA *FIESTA MONTAÑESA*

**P**or los mismos años en los que empiezan a manifestarse los anhelos regionalistas en Cataluña y en otras regiones españolas, Gumersindo Laverde, a través del *Almanaque de las Dos Asturias* (1865-1866) y de sus cartas, reclama la unión de las provincias de Santander y de Asturias por su semejanza geográfica, racial y de costumbres y una mayor independencia administrativa de Valladolid y de Burgos. Los prólogos de las revistas literarias *La Tertulia* (1876-1877) y la *Revista Cántabro-Asturiana* (1877), escritos por Menéndez Pelayo, destacan «el primitivo celtismo» de ambas provincias y el «haber conservado más puros los elementos tradicionales y el culto de sus viejas y gloriosas memorias» :

quién sabe si antes de mucho, enlazadas hasta *oficialmente* ambas provincias, rota la ilógica división que a los montañeses nos liga a Castilla, sin que seamos, ni nadie nos llame *castellanos*, podrá la extensa y riquísima zona cántabro-asturiana formar *una* entidad tan una y enérgica como la de Cataluña, luz y espejo hoy de todas las gentes ibéricas! (*La Tertulia*, «Al que leyere,» VII)

Tales entusiasmos alarmaron sin duda a Rodrigo Amador de los Ríos quien precedió el tomo dedicado a *Santander de España sus monumentos y arte* (1891), de una breve introducción a los «Sres. D. Marcelino Menéndez Pelayo y D. Amós de Escalante» (V-VIII) en la que incluía también a Pereda, a Angel de los Ríos y a otros, en la que les rogaba que con su autoridad y prestigio procurasen combatir el «espejismo fatal, el insano principio del *regionalismo*, [que] tiende a crear recelos entre hermanos, a separar lo que lo que unió la naturaleza, lo que soldó la sangre» [VIII]. Y advertía a los partidarios del «aislamiento que invocando el *regionalismo* quieren algunos hijos de la Montaña» que Castilla tuvo nacimiento en ella y que de la Montaña salieron sus hijos «para la colosal empresa de la Reconquista» [VII].

No tenía menester Pereda de tales consejos quien, como ha estudiado Laureano Bonet, simpatizaba con los regionalistas catalanes y, como ellos, se oponía al centralismo de Madrid, pero que dejó bien claro en su discurso de los Jocs Florals de Barcelona en 1892, que aceptaba el concepto de región pero que rechazaba el de nación (Bonet, 1983).

\*

El Orfeón Cantabria dirigido por Adolfo Vicente Wunsch organizó una *Fiesta Montañesa* para exaltar el folklore provincial que se celebró el 12 de agosto de 1900 en la plaza de toros y a la que asistieron unas doce mil personas. Aparte de las actuaciones del Orfeón, el concurso de actividades folklóricas incluyó bandas municipales, danzantes, parejas de baile y salto pasiego, y la música y la letra de las canciones premiadas se publicó en el folleto *Orfeón Cantabria. Fiesta Montañesa. Concursos* (Santander, 1900). Fue presidida por Jesús de Monasterio, Menéndez Pelayo y Pereda y en el palco presidencial además de ellos estuvieron Wunsch, Ruperto Chapí y Tomás Bretón<sup>1</sup>.

Esta *Fiesta* que, al parecer, han mencionado los estudiosos tan solo de pasada, me parece de capital importancia para el conocimiento de aquella época, y los textos publicados en torno a ella, fundamentales documentos para el estudio del regionalismo en Cantabria. La *Fiesta*

---

<sup>1</sup> El presente artículo es una versión muy reducida de un capítulo que preparo para un futuro libro.

despertó gran expectación local y *La Atalaya*, que fue uno de sus promotores, anunciaba en estos términos su celebración en la tarde del 12 de agosto,

ha de estremecer nuestras almas con los supremos estremecimientos del amor al nativo suelo, el más grande después del amor de Dios [...] Ese unir y condensar en una fiesta todos nuestros cariños, nuestra poesía, nuestra cuna, nuestra tumba, nuestros aires, nuestro mar, nuestra brisa, nuestros montes, nuestro cielo, habíanlo ya intentado algunos desde el libro, desde la partitura, desde el lienzo [...] pero nadie había logrado lo que al 'Cantabria' le fue fácil y hacedero: congregarnos y hacer que desfilaran ante nuestros ojos asomada el alma a nuestros oídos para recogerlos sin esfuerzo, notas típicas y salientes del terruño, armonías del mar, rumores del aire, ecos del pasado [...] ¡Bendito regionalismo que nada tiene que ver con presupuestos ni con la descentralización administrativa o económica, que no tiende a disgregar ni a crear discordias sino que se contenta y satisface con que todos los que en la tierra nacieron, se unan en uno solo para formar un solo adorador de la Montaña y un solo soldado de la integridad de la patria! («La Fiesta Montañesa», *La Atalaya*, 12 de agosto de 1900)

Al día siguiente dió una descripción de ella, tan detallada como entusiasta («La Fiesta Montañesa», *La Atalaya*, 13 de agosto de 1900) y, a poco, la crónica del almuerzo campestre que ofreció el Orfeón a los presidentes y jurados de la Fiesta («El orfeón Cantabria. Un almuerzo en las Fuentes del Francés», *La Atalaya*, 16 de Agosto de 1900).

Evaristo Rodríguez de Bedia comenzó desde este periódico una encuesta bajo el nombre «¿Qué opina usted de la Fiesta Montañesa?» para sondear las reacciones de «los escritores montañeses, en general, y [de] nuestros colaboradores habituales, en particular». Comenzada con la mejor voluntad y con el fin de estrechar lazos y exaltar el montañesismo, la encuesta ocasionaría al poco tiempo diferencias de opiniones que llevaron a enfrentamientos y polémicas, y se extendió a otros asuntos de actualidad entonces.

La primera respuesta fue la «que desde Cumbres nos envía el famoso y geniudo Resquemín, personaje que, como sabrán nuestros lectores, figura en una de las obras del ilustre montañés, maestro de la literatura patria, don José María de Pereda, la cual obra lleva por título

*El sabor de la Tierruca.*» Según Simón Cabarga, el seudónimo correspondía a Pereda, pues «Resquemín» era una «alusión irónica a la discusión literaria sostenida con la Pardo Bazán» (1982: 226). Estaba fechada en Cumbres el 14 de agosto de 1900, dirigida a Angel Jado y a Evaristo Rodríguez de Bedia, escrita con el estilo y el vocabulario convencionales propios de otras cartas de rústicos, a las que tan aficionado fue el creador de Patricio Riguelta, y comenzaba así:

Muy señores míos: No les molestará a ustedes ¡jinojo! que mi probe persona deje un momento de despachar sosiegas y medios vasos en este establecimiento de mi pertenencia y propiedad para endilgarles estas cuatro líneas a modo de carta; y creo que no les molestará porque ¡jinojo! de menos nos hizo Dios a todos, que nos hizo de la nada, según cuenta el Catón.

Aunque había sido uno de los que presidieron aquella Fiesta, Pereda no se refería a ella en la carta sino a otros asuntos de interés local como «esu del Menumento a Cantabria, lo de la fontuca, lo de la biblioteca y demás cosas que dicen, las cuales yo no entiendo». Urgía también la restauración de la ermita de San Roque y denunciaba la influencia corruptora del juego en el Casino del Sardinero («Resquemín, periodista», *La Atalaya*, 14 de Agosto de 1900).

En su respuesta a «Resquemín», Ángel Jado alababa la Fiesta por querer conservar y fomentar, en algunas de sus manifestaciones, las costumbres tradicionales y típicas de la Montaña,

inmortalizadas por el genio de nuestro eximio novelista Pereda...[pues] viene a contrarrestar la influencia que es secuela de la transformación tan radical que ha experimentado el modo de ser de los pueblos, con la facilidad y rapidez de las comunicaciones, con el desarrollo de la industria y de la minería en nuestra provincia...concausas todas que contribuyen a la desaparición de nuestras sencillas y patriarcales costumbres que prestan colorido propio y peculiar a la Montaña.

Proponía abrir un concurso para dotar a la Montaña de un himno, «que condense [...] en sus más vigorosos y adecuados acentos, nuestra música regional», y que *La Atalaya*, encabezara la campaña de levantar un Monumento a Cantabria, que podría situarse en el relleno

de la dársena (Ángel Jado, «A Resquemín», *La Atalaya*, 17 de Agosto de 1900).

Según R. Pérez-Valdés los propósitos de la Fiesta deberían haber sido, primero, el de una reunión para divertirse y este caso, «resultó un poquito pesada», y después, la consagración de costumbres que por buenas merecen ser cultivadas pues «estos bailes y danzas y saltos, como los bolos, la barra y todos los ejercicios similares que se practican al aire libre y con espíritu reposado, tienen una influencia moralizadora que merece toda atención y la mayor solicitud, no por parte de los montañeses solamente, sino por la de todo el que se preocupe un poco del porvenir de su país». Y concluía alabando al Orfeón Cantabria y a los organizadores de la Fiesta Montañesa que, aunque como espectáculo no satisfizo, «como tendencia social, como factor de cultura, tiene importancia real y positiva». («¿Qué opina usted de la Fiesta Montañesa?», *La Atalaya*, 16 de Agosto de 1900).

Quizá de todas estas cartas la más analítica y razonada sea la de Alfonso Ortiz de la Torre, quien recoge en ella las opiniones de varios escritores montañeses sobre la Fiesta, un asunto que «ha sido amplia y acaloradamente debatido, comentado y discutido en tertulias y corros, expresándose cada uno según su temperamento; pero esto precisamente demuestra que la cuestión es de gran interés». Habrá que considerarla como mero espectáculo, y como expresión regional del «Arte montañés» pero llevados de un laudable deseo, los organizadores han equivocado dos cosas totalmente distintas: el espectáculo, de forma «pobrísimma y hasta desmañada», con la idea, «rica, fecunda y poética en alto grado». «Solo su buen deseo puede, pues, conseguir la absolución para los organizadores de la fiesta; por lo demás solo merecen ellos y los ejecutantes justas censuras.» Presenció la Fiesta un público numeroso y lleno de ilusión que salió «mohino, aburridísimo y desalentado» por la mala organización, la impropiedad de los trajes de los que actuaron en ella y la «languidez y fastidiosa monotonía [que] acabó con la paciencia del público cuando rompía el Orfeón con las primeras notas del canto de Calleja».

Quitad a la poética fiesta aldeana el robledal sombrío y rumoroso, la verde pradera, la cercana ermita de alegre esquilón, el abigarrado y bullicioso concurso de aldeanos endomingados y felices con su descanso;

aquella alegría serena y decorosa, aquel regocijo que hace sonreír a la misma hipocondría, y ¿qué os queda? ¿Los danzantes vestidos de marmarrachos con galas de percalina y de papel? ¿Los pobres aldeanos recogidos y recelosos dando saltos con bien poca gracia al sentirse objeto de la pública curiosidad?

¡Pues llevad esto al redondel de una plaza de toros y decidme quién es el guapo que con tales elementos fascina y emociona a 14.000 espectadores.

Aunque gustó de la colección de cantos recogidos y de las composiciones musicales premiadas no se pronunciaba respecto a la debatida cuestión entonces de si «¿Existe o no existe la música montañesa?» Y frente a la opinión de «La Redacción» de *La Atalaya* (12 de agosto de 1900), de que la Fiesta fue la verdadera expresión de la Montaña, Ortiz de la Torre advertía a los montañeses que Pereda y Amós de Escalante ya habían exaltado el carácter de la región mucho antes. Y reprochaba a los organizadores que el haber excluído de la presidencia a Amós de Escalante, quien «reúne tan altos títulos y timbres tan gloriosos», fue censurado de todo el mundo. (Alfonso Ortiz de la Torre, «De la Fiesta Montañesa. ¿Qué opina usted de la Fiesta Montañesa?» *La Atalaya*, 17 de Agosto de 1900).

De su mismo parecer era Eduardo de Huidobro quien felicitaba a su primo Ortiz de la Torre por su carta, destacaba el «laudable deseo» de los organizadores y la calidad de la música y concluía que «La poesía de la Montaña no se puede llevar al redondel de una plaza de toros» (Eduardo de Huidobro, «De la Fiesta Montañesa. A Alfonso Ortiz de la Torre,» «¿Qué opina usted de la Fiesta Montañesa?» *La Atalaya*, 20 de Agosto de 1900). Para Manuel Delgado y Uranga, el pensamiento de la Fiesta fue «hermoso, grande y elevado [pero] su realización, un pálido bosquejo de lo que debió ser un certamen de esa índole.» Criticaba la indumentaria de los que actuaron pues «No se ha visto por ninguna parte la clásica blusa, tan historiada, que lucían los mozos los días de romería y cuando repicaban gordo; ni las alpargatas, tan encintadas y majas». Y respecto al debatido tema de si la Montaña tenía música propia, opinaba «como Rodríguez Bedia: no ha llegado a mis oídos la tan decantada música montañesa». (Manuel Delgado y Uranga, «¿Qué opina usted de la Fiesta Montañesa?» *La Atalaya*, 20 de Agosto de 1900).

La segunda carta de «Resquemín» insiste en nombre del «montañesismo» en comenzar una suscripción popular para construir una iglesia en lugar de la ermita de San Roque, y en levantar el proyectado monumento a Cantabria pero tampoco hace esta vez referencia alguna a la discutida Fiesta («Carta de Resquemín», *La Atalaya*, 21 de Agosto de 1900].

Entre tanto, tercian otros, como Robustiano Carrera, quien critica algunos aspectos de la fiesta y advierte que a diferencia de los gallegos, los aragoneses y los vascos, los montañeses no tienen música propia (*La Atalaya*, 21 de agosto de 1900). Otro es «Galerín», quien revela sin dejar a dudas la verdadera identidad del destinatario de su epístola: «No eres del otro mundo, paisano Resquemín; eres inmortal porque así te hizo quien inmortal eras antes de usufructuar la poltrona que limpia, fija y da esplendor». También le entusiasma la idea del monumento a Cantabria aunque, por ahora, para él, no hay más monumento que las obras de Pereda. Sin embargo, se refiere a «las murmuraciones de cierta tertulia» situada en «cierta vía muy pública» y afirma que la cultura en Santander está monopolizada y controlada por una minoría «de la que no es posible diferir» («Amigo Resquemín», *La Atalaya*, 22 de Agosto de 1900).

Y aquí aflora la discordia que, a juzgar por las alusiones en las cartas de «Galerín» y de otros, existía ya desde los tiempos de organizarse la Fiesta. Al día siguiente y en una nota sin firmar, *La Atalaya* recordaba a sus lectores que la encuesta sobre la Fiesta Montañesa se limitaba «a los escritores montañeses en general, y a nuestros colaboradores habituales, en particular,-que sabemos que son todos también montañeses» pues «tratándose como se trata de una fiesta montañesa, opinábamos y seguimos opinando, que sólo debe ser discutida por los hijos de la Montaña. Creemos que las cuestiones de familia en familia deben tratarse y discutirse» por esta «gran familia montañesa,-no tan bien avenida como nosotros quisiéramos-». Por ello, agradece a los demás autores que honraron el periódico con sus opiniones y les pide perdón por no publicarlas. Y a continuación incluye una carta de «Minyelín y Compañía» («¿Qué opina usted de la Fiesta Montañesa?», *La Atalaya*, 23 de Agosto de 1900) en la que éstos hacen constar su «unánime aplauso a la contestación que a Resquemín ha dado nuestro paisano Galerín, en el

número de ayer de *La Atalaya*). Y afirmaban que «Pasaremos y repasaremos, según nos aconseja Galerín, 'por cierta vía muy pública, escuchando, con la boca y los ojos muy abiertos, las murmuraciones de cierta tertulia y cerrándolos o... para no decir amén a todo lo que entre por nuestros oídos» («Sobre la Fiesta Montañesa», *La Atalaya*, 23 de Agosto de 1900).

La respuesta de «Resquemín» contiene referencias a conversaciones, rumores y rencillas que no podemos interpretar hoy pero, a mi entender, relacionadas con la rivalidad entre el grupo de amigos de Pereda y el de los de Amós de Escalante, ofendidos éstos por atribuir al primero, el no haber sido invitado Escalante a figurar en la presidencia de la Fiesta. La carta combina un tono paternal y festivo con ataques hirientes, insinúa que «Galerín» está ofendido porque «el orfeón no te dió entrada para la tribuna donde estuvieron los literatos montañeses, y además porque ha llegado a tus oídos que alguien influye para que no figures en cierta galería que está publicando un semanario montañés». Y atribuye las críticas adversas a la iniciativa del Orfeón a «algunos dii menores de cierto parnaso», temerosos de que la fiesta eclipsara sus glorias. «Estos temores, infundados si los hay, dieron al traste con todo y... ¡adiós deseos de unión! ¡Adios montañesismo! Y ¡adiós patria chica! porque antes que nada conviene a algunos tener contentos a los de arriba para que les tiendan las manos desde sus olímpicas alturas.» («Amigo Galerín», *La Atalaya*, 23 de Agosto de 1900).

Pero Galerín insiste:

...aquí me lamento de que don Amós de Escalante no estuviese en el palco presidencial el día de las verdades dichas por Monasterio, el músico eminente, el artista incomparable [...] ¿Por qué no estuvo en la presidencia don Amós Escalante? Porque si Monasterio representaba allí el arte en general, y especialmente la música, y Menéndez Pelayo la ciencia, en general, también el ilustre don José María de Pereda representaba la literatura No estaba comprendido Escalante en Pereda? Pues tampoco los doctores Madrazo, Gutiérrez y Abascal y el biólogo Linares podían decir que Marcelino Menéndez era su procurador o representante [...] vuelvo a repetir que lamento la no presencia de don Amós de Escalante en el palco presidencial; y no se cuál sea la razón más grande de mis lamentaciones: si porque el autor de *Ave maris stella* es, a mi juicio, el escritor más correcto, erudito, inspirado y clásico-la

verdadera tía Javiera del clasicismo-que nació en la Montaña, o si porque es el hombre más caballeroso y modesto que vive en ella. («Amigo Resquemín», *La Atalaya*, 26 de Agosto de 1900).

En la polémica interviene también «Matica» con unas líneas que rebosan sentido común, en las que recuerda a sus paisanos que ante todo son españoles:

No debe ser la aspiración de una provincia española realizar fiestas que tengan por objeto llevar a a cabo un completo aislamiento de sus habitantes con el resto de la nación. No siendo, pues, así la manera de pensar de los organizadores (que creo que no será) ¿a qué fin dar esa importancia a una simple fiesta? Si su realización solo tiene por objeto expansionarse unas horas contemplando costumbres de la tierra y escuchando buena música ¿a qué ese afán de desentrañar el espectáculo y querer ver en él ideas sublimes de amor regional? [...]

Más valía que muchos que se precian de extasi-regionalistas se supieran ganar un puesto, no en la tierra, sino en España, de donde todos somos, adonde todos vamos; al sitio donde, sin riesgo alguno para la integridad de la patria, se podrían celebrar fiestas... españolas.

Así, pues, creo, sin tenerme por malo, que la Fiesta Montañesa no ha encerrado esos sublimes pensamientos, esos grandes problemas, sino, sencillamente, ha sido una exposición de tipos y costumbres de la Montaña, cuyo conjunto representaba un pensamiento sencillo y simpático [...] («¿Qué opina usted de la Fiesta Montañesa?». «Carta abierta. Sr. Director de *La Atalaya*», *La Atalaya*, 24 de agosto de 1900).

Sin embargo, las palabras de «Matica» ofendieron a un tal «Chisquín Bisanucos» por su antiregionalismo y por creer que la Fiesta fue «un simple festejo» (Chisquín Bisanucos, *La Atalaya*, 26 de agosto de 1900). Entre tanto, quedaba pendiente la respuesta de «Resquemín», quien el día 26, dió por concluída la discusión; tras advertir a «Galerín» de que aunque había falseado el sentido de sus palabras no concluía su amistad: «De mayor crueldad han usado contigo otros a quien estimas y, al parecer, no te quejas de sus proceder [..] No obstante, te perdono; pero en lo sucesivo, abstente de subirte a las barbas de los mayores» («Para terminar. A Galerín», *La Atalaya*, 27 de Agosto de 1900)

Reproduzco aquí varios pasajes de la carta de «V. G. G.», pues

expresa, en términos generales, el modo de sentir de la intelectualidad conservadora montañesa de aquellos días. Para su autor, la Fiesta sería

la piedra en que descansa el edificio de la regeneración regional, la base de la gran conquista de todos anhelada, de salvar del naufragio en el piélagos revuelto del cosmopolitismo, nuestras costumbres, hábitos, literatura y cántigas, espurgadas de todo lo exótico.

Es deplorable, muy deplorable por cierto que se sueñe en regionalismos separatistas que, rompiendo la unidad de la patria, sin provecho para la región, pueden acarrar funestos resultados.

Que lo cuenten portorriqueños y cubanos. Pero es muy laudable y digno de encomio que, conservando la unidad patria, cada región procure conservar su carácter privativo y característico [...]

Véase por todos los ámbitos de la provincia cómo el chalet de estilo suizo, chino o churrigueresco, la villa abigarrada reemplazando a nuestras tradicionales, modestas pero espaciosas casas solariegas, invaden la capital y las aldeas.

Observad respecto a indumentaria que en toda la provincia no quedan más que media docena de monteras, y eso allá en los abruptos y empinados crestones de Treviso.

La boina vascongada, el pañuelo a la cabeza, remembranza bien patente del turbante agareno; y el sombrero, tan multiforme como diferentes son sus procedencias, han reemplazado al característico cubre-cabezas de nuestros abuelos [...]

No he decir nada en cuanto a costumbres, la chulapería y el flamenquismo-dos plagas de la moderna sociedad que, sin la gracia del original, como todo plagio, tiene todos sus defectos y aun exagerados-han traído consigo a la Montaña, donde las querellas se solucionaban a puño limpio, o a lo sumo con el palo, el uso, frecuente desgraciadamente, de la faca, el puñal, el cuchillo y la navaja [. . .]

Volver a lo viejo, a lo tradicional, a lo bueno, bien que sin renunciar a lo que verdaderamente representa progreso y adelanto, lo cual es muy factible, este debe ser el fruto de La Fiesta Montañesa («Lo que opino de la Fiesta Montañesa», «¿Qué opina usted de la Fiesta Montañesa?», *La Atalaya*, 27 de Agosto de 1900).

La polémica concluye con un breve artículo de Evaristo Rodríguez de Bedia, el creador de la desdichada encuesta, que refleja su desencanto por el modo de ser de sus paisanos.

Ya reapareció la maldecida característica de nuestra idiosincrasia regional. Surge un proyecto, un pensamiento, una idea, de cualquier orden que sea, de pésimo u óptimo resultado y tendencia y, realícese o no, aquellos que en su engendro, preparación y manifestación no tuvieron arte ni parte, le satirizan, le rebajan, le hacen la guerra. Es nuestra desgracia esta falta de unión, de benevolencia, de buen sentido; este prurito de oposición; este apego al exclusivismo, a las banderías y partidajes; esta sistemática negativa a conceder acceso en lugares privilegiados a los que, aún siendo dignos, no pertenecen a determinadas comuniones [...] Por todas partes nuestras eternas miseriucas, rémora de nuestro pueblo, obstáculo en el que se estrellan las mejores voluntades, barrera insuperable para nuestro perfecto desarrollo.

Triste confirmación de lo que decimos es el torneo con armas...de combate que se está librando en las columnas de *La Atalaya*. (Evaristo Rodríguez de Bedía, «Paz y concordia», *La Atalaya*, 28 de Agosto de 1900)<sup>22</sup>

Como anteriormente vimos, la Fiesta Montañesa que organizó el Orfeón Cantabria y la encuesta de *La Atalaya*, llevados ambos de la mejor voluntad, dieron lugar a numerosas cartas con encontradas opiniones. Algunos de sus autores firmaron con sus nombres y otros lo hicieron amparados por seudónimos. Dado el carácter eminentemente regionalista de la Fiesta y el común deseo de buscar sus raíces montañesas en el folklore y en los usos y costumbres del mundo rural, adoptaron nombres propios de aquel- «Cantaclaru», «Galerín», «Nel Zorrilla», «Colás», «Chisquín Bisanucos»-y un lenguaje aldeano mal imitado que

---

<sup>2</sup> Aunque la Fiesta Montañesa fue un proyecto del periódico católico *La Atalaya*, el demócrata *El Cantábrico*, que dirigía Jose Estrañi, contribuyó con sus noticias y con sus crónicas a dar realce a la fiesta, sin intervenir en una polémica que daría no poco que hacer a los santanderinos de aquellos días. Sin embargo, el artículo «Regionalismos...», publicado sin firma en *El Cantábrico* el 21 de Agosto de 1900, apunta veladamente al causante de la reyerta y lamenta que no hubiera hecho pública su disconformidad desde el principio para haber podido remediarla («solo con que un portavoz del »santuario« donde se fulminó el anatema por consecuencia de lamentables discusiones que se sostuvieron allí arriba, se hubiera alzado en cualquier tribuna y sin arrogancias que sonaran mal en el oído de gente forastera...»). Y el anónimo comentarista del *Cantábrico* coincidía con Rodríguez de Bedía en que «Después de todo, lo sucedido está conforme con la tradición: no podemos hablar aquí de uniones ni de fraternidades.

llega a resultar irritante por su artificialidad. La pauta la marcaría Pereda, autor de la primera carta publicada en *La Atalaya*, firmada por «Resquemín», el tabernero de *El sabor de la tierruca*, escrita en un pretendido estilo «rústico» y pródiga en las interjecciones ¡jinojo! y ¡rejinojo! que usaba aquel personaje.

No parece haber duda de que los autores de estas cartas se conocían todos. «Nel Zorrilla» sería el médico Manuel Zorrilla (a quien sacó Pereda como uno de los personajes de «Un aprensivo»), «Cantaclaru», Pedro de la Vega y de las Cagigas («Canta Claro»), colaborador de *El Diario Montañés* y del periódico carlista *La Verdad*, y «Pancho Vila», Leopoldo Pardo Iruleta. No identifico al firmado «Matica» (nombre de uno de los personajes de la novela *Pedro Sánchez*), y «Galerín» parece haber sido alguien muy conocido y aún amigo de Pereda, posiblemente del grupo más joven al que pertenecieron José María Quintanilla, Alfonso Ortiz de la Torre y Enrique Menéndez Pelayo.

Como vimos más arriba, Pereda, Menéndez Pelayo y Jesús de Monasterio presidieron la Fiesta Montañesa, en compañía de Ruperto Chapí, Tomás Bretón y Adolfo Wunsch. A Pereda no debió gustarle el espectáculo pero no podía criticarle por haberle presidido, y su opinión se manifestaría sin duda a través de la voz de sus incondicionales Alfonso Ortiz de la Torre y Eduardo de Huidobro. Sin embargo, dada su categoría intelectual, su opinión era esperada por todos y la manifestó con una festiva carta en la que hablaba de muchas cosas menos de la Fiesta. Pero «Galerín» le hizo, mal de su grado, participar en la polémica por otras razones. Este era admirador de Pereda pero más aun de un Amós de Escalante que tenía en su casa su propia tertulia y que se había enfrentado en más de una ocasión con el autor de *La Montálvez*<sup>33</sup>. «Galerín» fue portavoz de la irritación de Escalante y de los suyos al verse preteridos por las pretendidas maquinaciones del grupo de Pereda que, a su juicio (y no le faltaría razón), monopolizaba y controlaba la cultura

---

<sup>33</sup> De ahí las referencias de Pereda en varias ocasiones al «Olimpo de Becedo» y a las del «cenáculo», y el «santuario» en estas cartas. Véase Salvador García Castañeda, «Amós de Escalante, Pereda y la cultura literaria de Cantabria en el siglo XIX», *En el Centenario de Amós de Escalante* (edición de Manuel Suárez Cortina). Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, 2003, pp. 55-81

en Santander. Las reticencias, sin duda muy claras entonces, resultan hoy difíciles de interpretar: las «murmuraciones de cierta tertulia» situada en «cierta vía muy pública» corresponderían a la de Pereda y sus amigos en la Guantería o en el café Suizo, y la «galería que está publicando un semanario montañés» es, sin duda, la «Galería Montañesa», una colección de biografías y retratos de hijos ilustres que aquel mismo año de 1900 iba dando a conocer *El Eco Montañés* de Madrid, dirigido por Juan Antonio Galvarriato.

Rivalidades y enemistades aparte, todos tienen en común el deseo de promover el regionalismo y de buscar raíces que afirmen y definan ese concepto tan difuso de lo montañés. Regionalismo que en Cantabria va íntimamente unido a la nostalgia de un mundo patriarcal abolido por el progreso, un fenómeno expresado muy claramente por Pereda y, como vimos más arriba, por Angel Jado, por «V. G. G.» y por tantos otros.

La Fiesta Montañesa dio lugar a la concienciación de un amplio sector de la población, a la búsqueda de raíces para lograr una identidad hasta entonces sin descubrir por la mayoría pues, como escribía Ortiz de la Torre, lo mismo habían estado haciendo Escalante y Pereda en el ámbito literario desde los años 50. Muy significativas son las discusiones en torno a la música pues aunque existía una música inconfundiblemente gallega, asturiana y vascongada, la montañesa tenía límites borrosos y estirpe castellana. De ahí las diversas opiniones acerca de su existencia y el deseo de crear un himno con el que los montañeses pudieran identificarse.

En fin, la encuesta, sacó a la superficie los resentimientos ocultos, el espíritu pleitista y las banderías propias de los montañeses pero también dió vida a proyectos de carácter local que hasta entonces no habían alcanzado la difusión suficiente para llegar a ser empresa común como la construcción de la iglesia de San Roque en el Sardinero, la creación de una biblioteca y de un museo y el polémico proyecto del monumento a Cantabria.

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA  
OHIO STATE UNIVERSITY

**Bibliografía citada**

Amador de los Ríos, Rodrigo, *España sus monumentos y arte. Su naturaleza e historia*. Santander. Barcelona: Establecimiento Tipográfico Arte y Letras. Calle de Pallars (Salón de San Juan, 1891

Bonet, Laureano, *Literatura, regionalismo y lucha de clases*. Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona, 1983

García Castañeda, Salvador, «Amós de Escalante, Pereda y la cultura literaria de Cantabria en el siglo XIX», *En el Centenario de Amós de Escalante* (edición de Manuel Suárez Cortina). Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, 2003, pp. 55-81

Simón Cabarga, José, *Historia de la prensa santanderina*, Santander: Centro de Estudios Montañeses, 1982